

ENTREVISTA a Mario Firmenich, ex líder del movimiento guerrillero argentino de los Montoneros

# “Argentina arrastra aún el trauma de la dictadura”

Mario Firmenich, líder del histórico movimiento Montonero argentino, revela algunas de las claves para entender la herencia del peronismo  
Por Jordi Homs

**P**uede que a la mayoría de la gente el nombre de Mario Firmenich no les diga hoy gran cosa, pese a ser el líder del grupo guerrillero más activo, organizado y numeroso que se opuso a la dictadura militar argentina: los Montoneros. Desde 1996, Firmenich reside en Barcelona, donde se ha doctorado en Teoría Económica.

—En su reciente tesis doctoral viene a cerrar un círculo ideológico que comenzó cuando pretendía combatir los males del capitalismo internacional desde una raíz cristiana. Pero algo ha cambiado, ¿el recurso a la lucha armada, quizá?

—Han cambiado más cosas. Además, el recurso a la lucha armada nunca fue planteado como un aspecto ideológico, sino como un aspecto instrumental cuya validez queda restringida al derecho de resistencia a la opresión. Al final de la adolescencia, los juicios de valor son los que commueven las conciencias, sin mayores fundamentos teóricos ni tampoco práctica política. Luego, la conciencia incorpora la realidad del juego político y, al final, dado el caso de los idearios, me pareció que lo razonable era retirarme de ese juego e indagar en los fundamentos sólidos de las ideas de un nuevo juego político. La política argentina no es bien comprendida en Europa, donde asimilan peronismo con fascismo. Que haya ciertas similitudes de formalidad entre el coronel Perón y Mussolini no autoriza a decir que el peronismo es el movimiento fascista de la clase media argentina. El peronismo fue, como tantos otros movimientos de América Latina, un movimiento de corte nacionalista popular. Para poner un símil, yo diría que Perón es algo bastante parecido a Francesc Macià.

—¿Se considera un exiliado en estos momentos?

—No, no. Yo he estado exiliado, pero vine acá para estudiar. Se puede comprobar muy fácilmente la diferencia que afecta al estado de ánimo de uno. Yo puedo volver cuando quiera a Argentina, no tengo ninguna restricción, excepto las propias de gran parte de los argentinos, ya que la situación económica no es precisamente alentadora. Recesiones y ajuste tras ajuste, de modo que Argentina está nuevamente expandiendo población. Tengo amigos que se están yendo por estas razones, aparte de que el sistema político tampoco despierta esperanzas.

—¿Aspira a volver o prefiere iniciar una nueva carrera en Europa?

—He pedido un permiso laboral acá y mi objetivo inmediato es permanecer, aunque sea más por razones económicas que políticas. No tengo simpatías con el gobierno argentino actual y supongo que él tampoco conmigo. Allá no hay gran cosa que hacer en el terreno político,

donde se está sosteniendo un modelo neoliberal en el que no creo, con consecuencias económicas y sociales graves.

—¿Cree que Argentina ha superado el temor a un nuevo golpe militar?

—El temor a un nuevo golpe militar sí, las heridas del pasado, no. Hoy no existe riesgo de golpe militar porque no hay Ejército, es tan simple como esto. El Ejército ha sido desmantelado de hecho, tanto por dudas sobre el respeto a los derechos humanos, como por cuestiones presupuestarias. Desde el punto de vista geopolítico ya no tiene la gravedad que hubiera tenido en otros tiempos. Además, el Mercosur anula las posibilidades de guerra tradicionales que existían en Sudamérica, de modo que todos podremos tener sociedades bastante menos militarizadas. Tampoco hay ningún consenso social imaginable que sea propenso a un golpe, aunque esto en estos momentos podría ser variable.

—¿Acaso hubo un consenso social en el golpe de 1976?

—Todos los golpes de Estado han tenido consenso social, si no, no hubieran triunfado. Después, cuando un régimen militar está implantado, aparte del poder militar y, normalmente, del poder económico, también tiene un poder social relevante. Quizá no mayoritario, pero como en el caso de Pinochet, sí que puede arrastrar a la mitad de la población. En Argentina, las clases medias que dieron su apoyo al golpe militar mudaron su opinión y apoyaron el juicio que el gobierno Alfonsín llevó a cabo por violación de los derechos humanos. Por esto las heridas no resultan de Argentina no son sólo heridas, son problemas de psicología social, un trauma mal procesado que aún se arrastra.

—¿Para una persona que ha liderado una organización armada y que ahora vive en España, encuentra algún paralelismo entre ETA y los Montoneros?

—No, no. Ningún paralelismo.

—¿Ni siquiera en sus orígenes? ETA nace de la escisión de un partido católico.

—De todas maneras no hay similitud del proceso político en general. ETA tiene un planteamiento independentista.

—Los Montoneros fueron un grupo nacionalista también.

—Sí, pero el fenómeno político no es el mismo. Los Montoneros no fueron un grupo nacionalista frente a la capital federal. Digamos que encarnaban la reivindicación nacionalista de toda la nación frente al imperio. Pero no hay un problema secesionista, no hay ninguna similitud en esto. No me parece que pueda establecerse un paralelismo entre la realidad vasca dentro de España y la realidad no nacional, sino social, de los Montoneros en Argentina. Nuestro planteamiento nacionalista fue hacia el exterior del país, nunca existió un problema nacionalista interno.

—Una de las cosas que sorprende desde la perspectiva europea es esa fascinación por Perón y por Evita de gran parte de Argentina, Montoneros incluidos.

—Yo no diría fascinación. El problema del peronismo para nuestra generación es que fuimos educados

## PERFIL



JOSEP MARIA RUIE

Firmenich en una reciente imagen en la Universitat de Barcelona

## Un gato enorme

■ García Márquez definió a Firmenich en una entrevista hecha a finales de 1975 como un gato enorme: “Ojos intensos, una risa fácil de dientes duros y separados, unas patillas de pelos ásperos, rojos y frondosos y unos bigotes iguales que bien podrían ser postizos”. En esa época, Firmenich tenía 28 años y era el líder de los Montoneros argentinos, un movimiento que abrazó el nacionalismo peronista y el socialismo. Firmenich nació en Buenos Aires en 1948, sus bisabuelos emigraron a Argentina desde Alemania y Mallorca. Hijo de un agrimensor que se hizo ingeniero ya adulto, inició la carrera de Ingeniería, que nunca terminó. Caída la dictadura se licenció en Economía por la Universidad de Buenos Aires. Muy influido por la teología de la liberación, fue líder de la Juventud Católica Universitaria, auténtico núcleo de los Montoneros junto a Tacuara, un grupo católico reaccionario inspirado en el falangismo español.

Formó parte, con 21 años, del operativo que secuestró al general Aramburu el 29 de mayo de 1970. Disfrazado de policía, su función fue cuidar la camioneta con la que pensaban trasladar al general a una antigua hacienda, donde fue juzgado y finalmente ejecutado. Había participado ya en una decena de operaciones y era el tercero en orden jerárquico de la organización. Tuvo un protagonismo decisivo durante el secuestro de los hermanos Born y ofreció la exclusividad de su liberación al periodista del “Buenos Aires Herald” Andrew Graham-Yooll, con quien años más tarde tendría un agrio careo durante el juicio que lo condenó a cadena perpetua.

Tras la muerte de Perón, en 1974, declaró en rueda de prensa clandestina la autolegalización de los Montoneros, que él mismo confiesa como un error político. Fuera del país a partir de 1977, inició una ardua actividad propagandística en contra de la dictadura, que le llevó a multitud de países. Caída la dictadura y fracasada la vía política de los Montoneros, se refugió en Brasil, donde fue capturado por la Interpol en 1984 y extraditado a Argentina. Condenado a cadena perpetua, Menem lo indultó en 1989. Firmenich no destila la mística que uno espera encontrar en un ex jefe guerrillero y quizás esa ausencia sea la clave misma de su supervivencia hasta hoy.

bajo el régimen de Perón con una enorme inversión de capital humano, que incluía una formación ideológica muy criticada por la oposición y que puede decirse que era uno de los rasgos totalitarios del régimen peronista. Derrocado Perón, toda nuestra segunda infancia y adolescencia fue exactamente lo inverso. Estaba prohibido usar la palabra Perón, estaba prohibido saber dónde estaba enterrada Evita, referirse a Perón era decir el “tirano prófugo”. No podía decirse de otra manera. Los libros decían que Evita era una prostituta y Perón un proxeneta. Cuando nuestra generación llegó a la edad de tener que tomar decisiones había sido educada en dos sistemas diferentes, y había que optar por uno de los dos. Y optamos, masivamente, por el sistema de valores de la primera infancia, porque, además, la realidad material avalaba ese sistema de valores.

—Sí, pero los Montoneros pasaron de decir “Perón o muerte” a decir “Perón es Perón y no lo que nosotros queremos”.

—Sí, sí, bueno, fue un cambio de realidad histórica. El retorno de Perón al país supuso un vuelco de historia muy grande y se puede decir que muy inesperado para el conjunto social. Más aún, hasta que Perón salió del avión, la gente no se terminaba de creer que volvía. Pero hubo un cambio de circunstancias internacionales que originaron un cambio político en Perón. Eso derivó en el enfrentamiento entre lo que nosotros reclamábamos y lo que Perón estaba dispuesto a hacer en 1973. Este cambio de circunstancias tiene que ver con el triunfo de Nixon en 1972 en Estados Unidos y el endurecimiento de la doctrina de seguridad nacional que implicó. Cabe suponer que Perón tuviera en ese momento alguna información al respecto o más elementos de juicio que nosotros, pero aun percibiendo la realidad de que las cosas se empezaban a poner feas a escala continental, nuestra lógica era que antes de que se muriera Perón, había que avanzar rapidísimo. Perón, sin embargo, quería ir muy despacio, viendo que las cosas se iban a poner feas y él se iba a morir pronto. A posteriori, es difícil saber quién llevaba razón.

—¿Nunca han tenido la tentación de ver a Perón como una persona que ansiaba el poder y utilizaba a los que estaban a su alrededor?

—No, eso es una visión muy conspirativa de la política. Seguramente a cualquier hombre político le gusta el poder y cualquier hombre político, al manejar alianzas de unos y otros, manipula todo lo que puede manipular a su alrededor. Pero hacer una lectura maquiavélica, psicologista y conspirativa de la historia me parece inadecuado. Perón pudo haber sido todo eso, pero eso no es determinante de nada en último extremo. Volvemos a lo mismo, Perón era admirador de Mussolini, pero que el movimiento social peronista tuviera algo que ver con el movimiento fascista italiano es más que discutible.

—De hecho, Perón es autor de la frase: “Repetiré lo mismo que Mussolini, pero sin sus errores”.

—Claro, pero también era admirador de Stalin, de De Gaulle, de Mao Tse Tung, admirador de los grandes líderes. Él los ubicaba en la categoría de “hombres superiores”, donde él mismo también se quería colocar. Como cualquier caudillo latinoamericano, fue un hombre celoso del poder. Y Perón era un típico caudillo latinoamericano. De modo que, en este sentido, claro que era un hombre con ambición de poder y que buscaba que nadie le hiciera sombra, pero de ahí a que toda la historia de Argentina derive de una ambición personal carece de significado. Porque él, con todas esas características, podía haber sido un líder de las clases medias o un líder de las clases terratenientes, pero resultó ser un líder de la clase obrera.